

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LIV, número 49 (2.797)

Ciudad del Vaticano

9 de diciembre de 2022



Que
sobre
la guerra
prevalezca
la paz

El Papa llora ante la Inmaculada por el sufrimiento del pueblo ucraniano

El Papa Francisco rindió homenaje público el jueves, 8 de diciembre, a la Virgen de la Inmaculada en Roma y le trasladó la "súplica" de quienes sufren la guerra en Ucrania. "Virgen de la Inmaculada, habría querido traerte hoy el agradecimiento del pueblo ucraniano por la paz que desde hace mucho tiempo pedimos al Señor. En cambio, todavía tengo que presentarte la súplica de los niños, de los ancianos, de los padres y madres, de los jóvenes de esa tierra martirizada", rezó el Pontífice, entre lágrimas. Francisco depositó una ofrenda floral ante la Virgen y pronunció la oración, que publicamos a continuación.

Nuestra Madre Inmaculada,
hoy el pueblo de Roma se reúne a tu alrededor.
Las flores puestas a tus pies
por tantas realidades ciudadanas
expresan amor y devoción por ti,
que velas por todos nosotros.
Y también ves y acoges
esas flores invisibles que son tantas invocaciones,
tantas súplicas silenciosas, a veces sofocadas,
ocultas pero no para ti, que eres Madre.
Después de dos años en los que he venido
para presentarte mis respetos a solas al amanecer,
hoy vuelvo a ti con el pueblo,
la gente de esta Iglesia, la gente de esta Ciudad.
Y te traigo las gracias y súplicas
de todos tus hijos, cercanos y lejanos.
Tú, desde el Cielo donde Dios te ha recibido,
ves las cosas de la tierra mucho mejor que nosotros;
pero como Madre escuchas nuestras invocaciones
para presentárselas a tu Hijo
a su Corazón lleno de misericordia.
En primer lugar te traigo el amor filial
de innumerables hombres y mujeres, no sólo cristianos
que te tienen la mayor gratitud
por tu belleza toda gracia y humildad:
porque en medio de tantas nubes negras
eres un signo de esperanza y consuelo.
Te traigo las sonrisas de los niños
que aprenden tu nombre delante de tu imagen,
en brazos de sus madres y abuelas,
y empiezan a conocer
que ellos también tienen una Madre en el Cielo.
Y cuando, en la vida, sucede que esas sonrisas
dan paso a las lágrimas,
¡qué importante es haberte conocido,
haber tenido el don de tu maternidad!
Te traigo la gratitud de los mayores y los ancianos:
una gratitud acorde con sus vidas,
tejida de recuerdos, de alegrías y penas,
de logros que conocen bien
que han conseguido con su ayuda,
sosteniendo su mano en la tuya.
Madre, te traigo las preocupaciones de las familias
de padres y madres que a menudo luchan
para llegar a fin de mes en casa
y afrontar día a día
pequeños y grandes retos para salir adelante.
En particular, te confío a las parejas jóvenes,
que mirándote a ti y a San José
afroitan la vida con valentía
confiando en la Providencia de Dios.
Te traigo los sueños y las angustias de los jóvenes,
abiertos al futuro pero frenados por una cultura
rica de cosas y pobre de valores,
saturada de información y deficiente al educar,
persuasiva al engañar y despiadada al decepcionar.
Te recomiendo especialmente a los niños
más afectados por la pandemia,
para que puedan volver lentamente
a agitar y desplegar las alas
y a redescubrir el sabor de volar alto.
Virgen Inmaculada, hubiera querido hoy
Traerte el agradecimiento del pueblo ucraniano
por la paz que llevamos tanto tiempo pidiendo al Señor.
En cambio aún tengo que traerte la súplica
de los niños, de los ancianos,
de los padres y madres, de los jóvenes
de esa tierra martirizada, que tanto sufre.
Pero en realidad todos sabemos
que estás con ellos y con todos los que sufren,
como estuviste junto a la cruz de tu Hijo.
¡Gracias, Madre nuestra!
Mirándote a ti, que estás libre de pecado
que sigamos creyendo y esperando
que sobre el odio venza el amor,
que la verdad prevalezca sobre la mentira
que sobre la ofensa prevalezca perdón,
que sobre la guerra prevalezca la paz. ¡Que así sea!

El Ángelus en la solemnidad de la Inmaculada

La paz es posible

“También nosotros, pecadores, hemos recibido un don inicial que ha llenado nuestra vida, un bien mayor que todo, hemos recibido una gracia original. Nosotros hablamos tanto del pecado original, pero también hemos recibido una gracia original, de la que a menudo no somos conscientes”. Lo recordó el Papa en su reflexión durante el rezo del Ángelus en la plaza de San Pedro el día 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción. Publicamos, a continuación, las palabras del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y feliz fiesta!

El Evangelio de la Solemnidad de hoy nos introduce en la casa de María para relatarnos la Anunciación (cf. *Lc 1,26-38*). El ángel Gabriel saluda así a la Virgen: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (v. 28). No la llama por su nombre, María, sino por un nombre nuevo que ella no conocía: llena de gracia. Llena de gracia, y por tanto vacía de pecado, es el nombre que Dios le da y que hoy nosotros celebramos.

Pero pensemos en el asombro de María: solo entonces ella descubrió su identidad más verdadera. En efecto, al llamarla por ese nombre, Dios le revela su mayor secreto, que hasta entonces ella había ignorado. A nosotros también nos puede pasar algo parecido. ¿En qué sentido? En el sentido de que también nosotros, pecadores, hemos recibido un don inicial que ha llenado nuestra vida, un bien mayor que todo, hemos recibido una gracia original. Nosotros hablamos tanto del pecado original, pero también hemos recibido una gracia original, de la que a menudo no somos conscientes.

¿De qué se trata esta gracia original? Se trata de aquello que recibimos el día de nuestro Bautismo, por eso es bueno que lo recordemos, ¡y también que lo celebremos! Pero me cuestiono, esta gracia recibida en el Bautismo es importante. Pero ¿cuántos de ustedes recuerdan cuál es la fecha del Bautismo? ¿cuál fue la fecha del propio Bautismo? Piénsenlo. Y si no la recuerdan, cuando regresen a casa pregunténselo al padrino, a la madrina, a papá o a mamá: ¿Cuándo fui bautizado, bautizada? Porque aquel día es el día de la gracia grande, de un nuevo inicio de la vida, de una gracia que nosotros tenemos. Dios descendió a nuestras vidas aquel día, nos convertimos en sus hijos amados para siempre. ¡He aquí nuestra belleza original de la cual nos podemos regocijar! Hoy, María, sorprendida por la gracia que la hizo bella desde el primer momento de su vida, nos lleva a maravillarnos de nuestra belleza. Podemos captarlo a través de una imagen: la imagen de la túnica blanca del Bautismo; ella nos recuerda que, por debajo del mal con el que nos hemos manchado a lo largo de los años, hay en nosotros un bien mayor que todos aquellos males que nos han sucedido. Escuchemos el eco, oigamos a Dios que nos dice: “Hijo, hija, te quiero y estoy siempre contigo, tú eres importante para mí, tu vida es preciosa”. Así se dirige Dios a nosotros. Cuando las cosas no vayan bien y nos desanimemos,

cuando nos abatamos y corramos el riesgo de sentirnos inútiles o equivocados, pensemos en esto, en la gracia original. Y Dios está con nosotros, Dios está conmigo desde ese día. Pensémoslo una vez más. Hoy, la Palabra de Dios nos enseña otra cosa importante: que conservar nuestra belleza acarrea un costo, acarrea una lucha. De hecho, el Evangelio nos muestra la valentía de María, que dijo “sí” a Dios, que eligió correr el riesgo de Dios; y el pasaje del Génesis, relativo al pecado original, nos habla de una lucha contra el tentador y sus tentaciones (cf. *Gn 3,15*). Pero también lo sabemos por experiencia todos nosotros: cuesta elegir el bien, cuesta, cuesta mucho custodiar el bien que llevamos dentro. Pensemos en cuántas veces lo hemos malgastado cediendo a la atracción del mal, actuando de modo astuto para nuestros propios intereses o haciendo algo que contaminaría nuestro corazón;

o incluso perdiendo el tiempo en cosas inútiles y perjudiciales, aplazando la oración, por ejemplo, y diciendo “hoy no puedo” o decir “no puedo” a los que nos necesitaban y, sin embargo, podíamos. Pero frente a todo esto, hoy tenemos una buena noticia: María, la única criatura humana sin pecado de la historia, está con nosotros en la lucha, es nuestra hermana y sobre todo nuestra Madre. Y nosotros, a quienes nos cuesta elegir el bien, podemos confiar en ella. Confiándonos, consagrándonos a la Virgen, le decimos: “Tómame tú: contigo tendré más fuerza en la lucha contra el mal, contigo redescubriré mi belleza original”. Encomendémonos a María hoy, encomendémonos a María cada día, repitiéndole: “María, te encomiendo mi vida, te encomiendo mi familia, mi trabajo, te encomiendo mi corazón y mis luchas. Me consagro a ti”. Que la



Inmaculada nos ayude a preservar del mal nuestra belleza. Al finalizar el rezo del Ángelus, el Pontífice saludó a los fieles presentes y anunció su tradicional participación en el acto de homenaje y oración ante el monumento de la Inmaculada de la plaza de España de Roma, para pedir, en esta ocasión, paz, en particular para la martirizada Ucrania.

Los saludo a todos, romanos y

peregrinos. En particular, saludo a los adherentes del Movimiento Cristiano de Trabajadores y a la representación de Rocca di Papa con la antorcha que encenderá la Estrella de Navidad colocada en lo alto de la ciudad.

En la fiesta de María Inmaculada, la Acción Católica Italiana vive la renovación de la adhesión. Dirijo mi pensamiento a sus asociaciones diocesanas y

parroquiales, animando a todos a seguir adelante con alegría al servicio del Evangelio y de la Iglesia.

Esta tarde iré a Santa María la Mayor, para rezar a la Salus Populi Romani, e inmediatamente a la Plaza de España para realizar el tradicional acto de homenaje y oración a los pies del monumento a la Inmaculada. Les pido que se unan espiritualmente a mí en este gesto, que expresa nuestra filial devoción a nuestra Madre, a cuya intercesión confiamos el desecho universal de paz, en particular por la martirizada Ucrania, que tanto sufre. Pienso en las palabras del Ángel a la Virgen: “No hay nada imposible para Dios” (*Lc 1,37*). Con la ayuda de Dios la paz es posible; el desarme es posible. Pero Dios quiere nuestra buena voluntad. Que la Virgen nos ayude a convertirnos a los designios de Dios. Deseo a todos una feliz fiesta y un buen camino de Adviento, a todos los que están aquí: ¡A los jóvenes de la Inmaculada, hoy, que es su fiesta! Que la Virgen nos ayude. Dios quiere nuestra buena voluntad: que la Virgen nos ayude a convertirnos a los designios de Dios. Feliz fiesta, buen camino de Adviento y, por favor, no se olviden de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

En el Ángelus el Papa habla del Adviento como tiempo para liberarse de presunciones e hipocresías

La Inmaculada interceda por Ucrania

«El jueves celebraremos la solemnidad de la Inmaculada», a cuya «intercesión encomendamos nuestra oración por la paz, especialmente por el martirizado pueblo ucraniano». Lo dijo el Papa al finalizar el Ángelus del día 4 de diciembre. Asomándose a medio día a la ventana del estudio privado del Palacio apostólico vaticano, antes de recitar la oración mariana con los fieles presentes en la plaza de San Pedro y a los que le seguían a través de los medios de comunicación, el Pontífice comentó — como es habitual — el Evangelio del domingo. Y deteniéndose en la figura de Juan Bautista, «hombre alérgico a la falsedad», exhortó a vivir el Adviento como un tiempo de gracia «quitarnos nuestras máscaras y ponernos a la fila con los humildes».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días, feliz domingo!

Hoy, segundo domingo de Adviento, el Evangelio de la Liturgia nos presenta la figura de Juan el Bautista. El texto dice que «llevaba un vestido de pelos de camello», que «su comida eran langostas y miel silvestre» (*Mt 3,4*) y que invitaba a todos a la conversión: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca» (v. 2). Predicaba la cercanía del Reino. En suma, un hombre austero y radical, que a primera vista puede parecernos un poco duro y que infunde cierto temor. Pero entonces nos preguntamos: ¿Por qué la Iglesia lo propone cada año como el principal compañero de viaje durante este tiempo de Adviento? ¿Qué se esconde detrás de su severidad, detrás de su aparente dureza? ¿Cuál es el secreto de Juan? ¿Cuál es el mensaje que la Iglesia nos da hoy con Juan?

En realidad, el Bautista, más que un hombre duro es un hombre alérgico a la falsedad. Por ejemplo, cuando se acercaron a él los fariseos y los saduceos, conocidos por su hipocresía, su “reacción alérgica” fue muy fuerte. Algunos de ellos, de hecho, probablemente iban a él por curiosidad o por oportunismo, porque Juan se había vuelto muy popular. Aquellos fariseos y saduceos se sentían satisfechos y frente al llamamiento incisivo del Bautista, se justificaban diciendo: «Tenemos por padre a Abraham» (v. 9). Así, entre falsedades y orgullo, no aprovecharon la ocasión de la gracia, la oportunidad de comenzar una vida nueva: estaban cerrados en la presunción de ser justos. Por ello, Juan les dice: «Dad, pues, digno fruto de conversión» (v. 8). Es un grito de amor, como el de un padre que ve a su hijo arruinarse y le dice: “¡No desperdicies tu

vida!” De hecho, queridos hermanos y hermanas, la hipocresía es el peligro más grave, porque puede arruinar también las realidades más sagradas. La hipocresía es un peligro grave. Por eso el Bautista — como después también Jesús — es duro con los hipócritas. Podemos leer, por ejemplo, el capítulo 23 de Mateo donde Jesús habla a los hipócritas del tiempo, tan fuerte. ¿Por qué hace así el Bautista y también Jesús? Para despertarlos. En cambio, aquellos que se sentían pecadores «acudían a él [...] confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán» (v. 5). Es así, es así: para acoger a Dios no importa la destreza, sino la humildad. Este es el camino para acoger a Dios, no la destreza: “somos fuertes, somos un pueblo grande...”, no, la humildad: “soy un pecador”; pero no en abstracto, no: “soy pecador por esto, esto y esto”, cada uno de nosotros debe confesar, primero a sí mismo, sus propios pecados, faltas, hipocresías; hay que bajar del pedestal y sumergirse en el agua del arrepentimiento.

Queridos hermanos y hermanas, Juan, con sus “reacciones alérgicas”, nos hace reflexionar. ¿No somos también nosotros, a veces, un poco como aquellos fariseos? Tal vez miramos a los demás por encima del hombro, pensando que somos mejores que ellos, que tenemos las riendas de nuestra vida, que no necesitamos cada día a Dios, a la Iglesia, a los hermanos y olvidamos que solamente en un caso es lícito mirar a otro desde arriba hacia abajo: cuando es necesario ayudarlo a levantarse, el único caso, los demás casos de mirar desde arriba hacia abajo no son lícitos. El Adviento es un tiempo de gracia para quitarnos nuestras máscaras — cada uno de nosotros tiene una — y ponernos a la fila con los humildes; para liberarnos de la presunción de creernos autosuficientes, para ir a confesar nuestros pecados, esos escondidos, y acoger el perdón de Dios, para pedir perdón a quien hemos ofendido. Así comienza una nueva vida. Y la vía es una sola, la de la humildad: purificarnos del sentido de superioridad, del formalismo y de la hipocresía, para ver en los demás a hermanos y hermanas, a pecadores como nosotros y ver en Jesús al Salvador que viene por nosotros, no por los demás, por nosotros; así como somos, con nuestras pobreza, miserias y defectos, sobre todo con nuestra necesidad de ser levantados, perdonados y salvados.

Y recordemos de nuevo una cosa: con Je-

sús la posibilidad de volver a comenzar siempre existe. Nunca es demasiado tarde, siempre está la posibilidad de volver a comenzar, tened valor, Él está cerca de nosotros en este tiempo de conversión. Cada uno puede pensar: “Tengo esta situación dentro, este problema que me avergüenza...” Pero Jesús está cerca de ti, vuelve a comenzar, siempre existe la posibilidad de dar un paso más. Él nos espera y no se cansa nunca de nosotros. ¡Nunca se cansa! Y nosotros somos tediosos pero nunca se cansa. Escuchemos el llamamiento de Juan Bautista para volver a Dios y no dejemos pasar este Adviento como los días del calendario porque este es un tiempo de gracia, de gracia también para nosotros, ahora, aquí. Que María, la humilde sierva del Señor nos ayude a encontrarle a Él, a Jesús y a los hermanos en el sendero de la humildad, que es el único que nos hará avanzar.

Al finalizar el Ángelus, el Pontífice saludó a los grupos presentes, dando las gracias a los polacos que sostienen la recogida de fondos para la Iglesia en Europa del este; finalmente, recordando la inminente fiesta mariana del 8 de diciembre, reiteró el llamamiento por la paz para Ucrania.

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo con afecto a todos vosotros, procedentes de Italia y de varios países: familias, parroquias, asociaciones y fieles. Veo también banderas españolas, polacas, argentinas... tantas. ¡Bienvenidos todos! En particular, saludo a los peregrinos españoles de Madrid, Salamanca, Bolaños de Calatrava y La Solana. Saludando a los polacos, deseo agradecer a todos los que sostienen la Jornada de Oración y de recogida de fondos para la Iglesia en Europa del Este. Me complace acoger a la Acción Católica de Aversa con el Obispo Mons. Angelo Spinillo; así como a los fieles de Palermo, Sutrio y Saronno, a los chicos de la Confirmación de Pattada, Diócesis de Ozieri, y a los de la parroquia de San Enrique, en Roma.

Os deseo a todos un feliz domingo y que sigáis con éxito el camino del Adviento. El próximo jueves celebraremos la solemnidad de la Inmaculada. A su intercesión encomendamos nuestra oración por la paz, especialmente por el martirizado pueblo ucraniano.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniquae suae Non precelebant

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45751

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photospcva
www.photospcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@redazione.osservatore.romano.it

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.

San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.;
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Mensaje del Papa al Congreso mundial de educación católica

La escuela como lección de vida

Publicamos el texto de la carta que el Papa envió a los participantes del Congreso mundial de la educación católica, que se celebró en Marsella, Francia, del 1 al 3 de diciembre, sobre el tema «La escuela católica como cuerpo de esperanza para cambiar el mundo. Construir juntos la aldea educativa».

AL SEÑOR PHILIPPE RICHARD SECRETARIO GENERAL DE LA OFICINA INTERNACIONAL DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA (OIEC) SEÑOR SECRETARIO GENERAL:

Con gusto respondo a su solicitud de unirme al Congreso promovido por la Oficina Internacional de la Educación Católica, que se celebra en Marsella del 1 al 3 de diciembre, y en el que participan exponentes de esta parte esencial de la vida de la Iglesia, llegados de todas las partes del mundo.

Para la sociedad, la educación es ciertamente un deber ineludible, y en muchos casos un desafío acuciante. Para el cristiano es, además, una forma de participación en la función profética que Jesús dejó a su Iglesia. Por tanto, cuando nos acercamos a la educación no podemos hacerlo pensando en algo meramente humano, centrandolo en programas, capacitaciones, recursos, ámbitos de recepción, ya que la vocación cristiana nos pide dar voz a una Palabra que no es nuestra, que nos su-

pera, que nos trasciende. Lógicamente la enseñanza de la escuela católica no se limita a cuestiones confesionales y los contenidos están abiertos a todas las ramas del saber y a cualquier persona que busque esta instrucción. Pero del mismo modo que decimos que la actividad de la escuela no

selitismo, ni mucho menos de excluir de nuestras escuelas a los que no piensan como nosotros. Lo que quiero decir es que la escuela en su conjunto se configure como una lección de vida en la que se integran distintos elementos, en íntima colaboración con otras instancias, como la familia o la so-

lica sea realmente lo que el Señor le pide? Me parece que la respuesta está en el mismo Jesús. Miremos cómo fue enviado Él y cómo envía a sus discípulos; cómo enseñaba Él y cómo les pide a ellos que enseñen. Lo primero que vemos es que su envío es a la vez un acto de amor y de obe-

en comunión con Dios que nos envía, con la Iglesia universal y local, en un proyecto común que nos supera y nos trasciende, al servicio de la humanidad. Esta lección, aún a quien no es cristiano, le traerá la certeza de que no caminamos solos, pues vivimos en una familia, en una sociedad,

finde de la tierra. De ese modo la escuela católica en sus iniciativas debe acoger las problemáticas sociales, en ámbito local y universal, debe aprender y, en ese aprendizaje, enseñar a abrir la mente a nuevas situaciones y nuevos conceptos, a caminar juntos sin excluir a nadie, a establecer puntos de encuentro y a adaptar el lenguaje para que sea capaz de captar la atención de los más alejados. Ciertamente, ustedes me dirán que esto es necesario para dar la mejor formación posible a nuestros alumnos, pero lo es también para hacer de ellos hombres y mujeres que no se conformen con acumular meros conocimientos, sino más bien para que esa doctrina les permita adquirir la sabiduría de la que hablaba san Benito, que los haga crecer y hacer crecer a los demás, allí donde el Señor los envíe.

Todo ello supone un trabajo artesano que no podemos realizar sin la ayuda de Dios y sin el apoyo de todos, por eso pedimos la fuerza del Espíritu del resucitado, dispensador de todos los dones. Que Él ilumine sus trabajos y les conceda esa ciencia que se eleva desde las realidades humanas hasta alcanzar el conocimiento sublime de Dios.

Fraternalmente,

Roma, San Juan de Letrán, 31 de agosto de 2022.

FRANCISCO



puede reducirse a impartir materias, sino a formar personas en su integridad; al hablar de la escuela católica, es igualmente irrenunciable ese componente profético, que no sólo da al hombre la aptitud para adquirir unos conocimientos, sino también para conocerse a sí mismo y para reconocerse como un ser capaz de amar y ser amado.

Con ello no hablamos de pro-

ciudad. De ese modo, en lo cotidiano, en lo imperceptible, en lo vivido, la identidad de nuestras escuelas conseguirá hacerse presente y entablar un diálogo, ser una palabra que pueda, al mismo tiempo, ser interpelante para las personas de fe y tender puentes de diálogo con los no creyentes.

La gran pregunta es: ¿cómo conseguir que la escuela cató-

diciencia. Y así, envía a sus discípulos como miembros de su cuerpo, para que, según la propia vocación, transparenten el mensaje que quiere transmitir, allí donde Él quiere llegar. Nuestra primera característica, por tanto, nace de la comunión. Nuestras clases no son mónadas, nuestras escuelas no son compartimentos estancos. Cada uno de nosotros y de nuestras actividades está

somos corresponsables, trabajamos juntos para un bien común, a pesar de nuestras diferencias.

La segunda característica que podemos tratar hoy es que estamos en camino, en movimiento. Jesús camina siempre, y exhorta a sus discípulos a hacer lo mismo, incluso los manda a ir por delante suyo. Les pide que salgan al encuentro, que alcancen los con-

Mensaje del Pontífice al patriarca Bartolomé

El camino del diálogo y del encuentro para superar conflictos y violencias

El Papa reza por las víctimas y los heridos en el reciente ataque a Estambul e invoca la conversión de los corazones de los responsables. En el marco del tradicional intercambio de delegaciones por las respectivas fiestas de los santos patronos: el 29 de junio en Roma, con celebración de los santos Pedro y Pablo y el 30 de noviembre en Estambul con la celebración de san Andrés, el cardenal Leonardo Sandri, prefecto emérito del Dicasterio para las Iglesias orientales, guió la delegación de la Santa Sede por la fiesta del Patriarcado ecuménico. El purpurado fue acompañado por monseñor Andrea Palmieri, subsecretario del Dicasterio para la promoción de la unidad de los cristianos. En Estambul se unió a la delegación el nuncio apostólico en Turquía, el arzobispo Marek Solczynski. La delegación de la Santa Sede participó en la solemne Divina liturgia presidida por el patriarca ecuménico, su Santidad Bartolomé, en la iglesia patriarcal de San Jorge al Fanar, y tuvo un encuentro con el patriarca y conversaciones con la Comisión sinodal encargada de las relaciones con la Iglesia católica. El cardenal Sandri entregó al patriarca ecuménico un mensaje autógrafo del Santo Padre, que leyó al finalizar la Divina liturgia.



A SU SANTIDAD BARTOLOMÉ ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA PATRIARCA ECUMÉNICO

Con ocasión, este año, de la conmemoración litúrgica del apóstol Andrés, el primero llamado, hermano de Pedro, me alegra ser representado una vez más por una delegación de la Iglesia de Roma al Fanar, en las celebraciones del santo patrón de la Iglesia de Constantinopla y del Patriarcado ecuménico.

Pedí a la delegación que le lleve, Santidad, la seguridad de mi afecto fraterno y de mi sentida oración por usted y por la Iglesia encomendado a su cuidado.

También le envío cordiales saludos y buenos deseos a los miembros del Santo Sínodo, así como al clero y a los fieles laicos que participan en la Divina Liturgia en la iglesia patriarcal de San Jorge.

El encuentro de la Iglesia de Roma con la Iglesia de Constantinopla con ocasión de sus respectivas fiestas patronales es una expresión de la profundidad de los vínculos que nos

unen y un signo visible de la esperanza querida por nosotros de una comunión cada vez más profunda. El pleno restablecimiento de la comunión entre todos aquellos que creen en Jesucristo es un compromiso irrevocable para todo cristiano, ya que la "unidad de todos" (cfr. *Liturgia de san Juan Crisóstomo*) no es solo voluntad de Dios, sino también una prioridad urgente en el mundo actual. De hecho, el mundo presente tiene una gran necesidad de reconciliación, fraternidad y unidad. La Iglesia, por tanto, debería resplandecer como «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, n. 1).

Justamente se ha puesto gran atención en las razones históricas y teológicas que están en los orígenes de nuestras divisiones.

Este examen común debe proseguir y desarrollarse en un espíritu que no sea polémico ni apologético, sino caracterizado por el auténtico diálogo y apertura recíproca. También debemos reconocer que las divisiones son el resultado de acciones y actitu-

des deplorables que obstaculizan la acción del Espíritu Santo, el cual guía a los fieles en la unidad en la legítima diversidad.

De ello se deduce que solo el crecimiento en santidad de vida puede llevar a una unidad auténtica y duradera.

Por tanto, estamos llamados a trabajar por el restablecimiento de la unidad entre cristianos no solo a través de acuerdos firmados, pero también a través de la fidelidad a la voluntad del Padre y el discernimiento de las sugerencias del Espíritu. Podemos estar agradecidos a Dios de que nuestras Iglesias no están resignadas a las experiencias pasadas y presentes de división, sino que, al contrario, a través de la oración y la caridad fraterna, tratan más bien de realizar la plena comunión que un día, en los

tiempos de Dios, nos permitirá reunirnos en torno a la misma mesa eucarística.

Mientras procedemos hacia este objetivo, ya hay muchos ámbitos en los que la Iglesia católica y el patriarcado ecuménico están trabajando juntos por el bien común de la familia humana salvaguardando la creación, defendiendo la dignidad de toda persona, combatiendo las formas modernas de esclavitud y promoviendo la paz. Uno de los ámbitos más fecundos de esta cooperación es el diálogo interreligioso.

A propósito de esto, recuerdo con gratitud nuestro reciente encuentro en el Reino de Baréin, con ocasión del Foro para el Diálogo: Oriente y Occidente por la Convivencia Humana.

El diálogo y el encuentro son el

único camino transitable para superar los conflictos y todas las formas de violencia.

Al respecto, encomiendo a la misericordia de Dios Omnipotente a aquellos que han perdido la vida o han resultado heridos en el reciente ataque en su ciudad, y rezó para que Él convierta los corazones de los que promueven o sostienen estas acciones malvadas.

Invocando sobre usted los dones de Dios Omnipotente de serenidad y alegría, renuevo mis felicitaciones por la fiesta de San Andrés e intercambio con usted, Santidad, un abrazo fraterno de paz en el Señor.

Roma, San Juan de Letrán, 30 de noviembre 2022

FRANCISCO

El Pontífice en la entrega del Premio Ratzinger

Con los ojos contemplativos de Benedicto XVI

«Cooperatores Veritatis» — el lema elegido por Joseph Ratzinger cuando se convirtió en arzobispo de Múnich — destaca en el diploma entregado a las dos personas — el jesuita Michel Fédou y el jurista Joseph Halevi Horowitz Weiler — a quienes se les entregó el premio que lleva su nombre, que ofrece «la indicación de líneas de compromiso, de estudio y de vida de gran significado». Lo afirmó el Papa Francisco recibiendo en audiencia, en la mañana del jueves 1 de diciembre, en la Sala Clementina, a los miembros de la Fundación vaticana Joseph Ratzinger - Benedicto XVI para la entrega del premio Ratzinger. Fueron el padre Federico Lombardi, presidente de la Fundación, y el cardenal Gianfranco Ravasi quienes presentaron el contenido del premio y los perfiles de los dos premiados al Papa, quien entregó personalmente los premios. Este es el discurso pronunciado por el Papa.

¡Señores cardenales, hermanos obispos, honorables autoridades, distinguidos representantes religiosos y de la sociedad civil, queridos hermanos y hermanas!

Os doy mi bienvenida a todos. Doy las gracias al cardenal Ravasi y al padre Lombardi por sus palabras de introducción y de presentación de las personalidades a las que se les otorga el Premio Ratzinger, que saludo con gran cordialidad: el padre Michel Fédou y el profesor Prof. Joseph Halevi Horowitz Weiler.

Me complace presidir la ceremonia de premiación nuevamente este año. Como sabéis, no me faltan momentos de encuentro personal, fraterno y afectuoso con el Papa emérito. Además, todos sentimos su presencia espiritual y su acompañamiento en la oración por toda la Iglesia: esos ojos contemplativos que siempre muestra. Pero esta ocasión es importante para reafirmar que también la contribución de su obra teológica y más en general de su pensamiento sigue siendo fecunda y operante.

Recientemente conmemoramos el 60º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Como sabemos, Benedicto XVI participó personalmente como experto y tuvo un papel importante en la génesis de algunos documentos; y luego fue llamado a guiar a la comunidad eclesial en su realización, tanto junto a San Juan Pablo II, que como Pastor de la Iglesia universal. Nos ayudó a leer en profundidad los documentos conciliares,

proponiéndonos una “hermenéutica de la reforma y de la continuidad”. Aun muy recientemente ha querido subrayar cómo el Concilio ejerce su función crucial de manera duradera, ya que nos ha dado las orientaciones necesarias para reformular la cuestión central de la naturaleza y misión de la Iglesia en nuestro tiempo (cf. *Mensaje para el X Simposio Internacional de la Fundación Ratzinger*, 7 de octubre de 2022).

Además del magisterio pontificio del Papa Benedicto, sus contribuciones teológicas son ofrecidas nuevamente a nuestra reflexión gracias a la publicación de la Opera Omnia, cuya edición alemana ya está casi finalizada, mientras que las de otras lenguas siguen progresando. Estas contribuciones nos ofrecen una base teológica sólida para el camino de la Iglesia: una Iglesia “viva” que él nos ha enseñado a ver y vivir como comunión, y que está en camino - *in synodos* - guiada por el Espíritu del Señor, siempre abierta a la misión de anuncio del Evangelio y de servicio al mundo en el que vive (cf. *Homilía de inauguración del Pontificado*, 24 de abril 2005; *Última audiencia pública*, 27 febrero 2013).

En esta perspectiva se coloca el servicio de la Fundación vaticana Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, en la convicción de que su magisterio y su pensamiento no se dirigen al pasado, sino que son fecundos para el futuro, para la realización del Concilio y para el diálogo entre la Iglesia y el mundo de hoy, en los campos más actuales y debatidos, como la ecología integral, los derechos humanos, el encuentro entre las diferentes culturas. Acojo esta ocasión para animar también la colaboración con las Fundaciones vaticanas que llevan el nombre del beato Juan Pablo I y San Juan Pablo II, para que la memoria y la vitalidad del mensaje de estos tres pontífices sean promovidas en unión de intenciones en la comunidad eclesial.

Hoy estamos reunidos para conferir a dos eminentes personalidades el reconocimiento por la notable obra realizada por ellos en los respectivos campos de estudio y enseñanza. Son campos diferentes, pero ambos cultivados por Joseph Ratzinger y por él considerados de vital importancia.

El Padre Michel Fédou — como hemos escuchado en la presentación— es



un maestro de la teología cristiana. En su vida, dedicada al estudio y a la enseñanza, ha profundizado en particular las obras de los Padres de la Iglesia de Oriente y de Occidente, y el desarrollo de la cristología a lo largo de los siglos. Pero su mirada no se ha cerrado en el pasado. El conocimiento de la tradición de la fe ha alimentado en él un pensamiento vivo, que ha sabido afrontar también temas actuales en el campo del ecumenismo y en el de las relaciones con las otras religiones. En él reconocemos y rendimos homenaje a un valiente heredero y continuador de la gran tradición de la teología francesa, que ha dado a la Iglesia maestros de la talla del padre Henri De Lubac y empresas culturales sólidas y valientes como las *Sources Chrétiennes*, cuya publicación comenzó hace ochenta años. Sin la aportación de esta teología francesa no hubiera sido posible la riqueza, la profundidad y la amplitud de reflexiones de las que se alimentó el Concilio Vaticano II, y debemos esperar que siga dando frutos para su implementación a largo plazo.

El profesor Weiler es la primera personalidad de religión judía en ser galardonada con el Premio Ratzinger,

que hasta ahora se otorgaba a estudiosos pertenecientes a diversas confesiones cristianas. Estoy muy feliz con eso. En un momento difícil, en el que esto había sido cuestionado, el Papa Benedicto afirmó con determinación y orgullo que «todos los pasos de reconciliación entre los cristianos y judíos que se han dado a partir del Concilio, pasos compartidos y promovidos desde el inicio como un objetivo de mi trabajo personal teológico» (*Carta a los Obispos de la Iglesia católica*, 10 marzo 2009). Fueron muchas las ocasiones en que llevó a cabo este propósito durante su pontificado; no hay necesidad de enumerarlas aquí. Por mi parte, he proseguido en la misma línea, con más pasos, en el espíritu de diálogo y amistad con los judíos que siempre me animó durante mi ministerio en Argentina.

La sintonía entre el Papa emérito y el prof. Weiler se refiere en particular a temas de sustancial importancia: la relación entre la fe y la razón jurídica en el mundo contemporáneo; la crisis del positivismo jurídico y los conflictos generados por una extensión sin límites de los derechos subjetivos; la justa comprensión del ejercicio de la libertad religiosa en una cultura que tiende a relegar la religión al ámbito

privado. El Papa Benedicto siempre ha considerado centrales estos temas para el diálogo de la fe con la sociedad contemporánea. Y el prof. Weiler no sólo ha profundizado en ellos, sino que también ha tomado posiciones valientes, pasando, cuando ha sido necesario, del nivel académico al de la discusión — y podríamos decir del “discernimiento” — para la búsqueda del consenso sobre valores fundamentales y la superación de conflictos por el bien común. Que en esto puedan encontrarse unidos creyentes judíos y cristianos es un signo de gran esperanza.

Estos premios, por tanto, además de representar un merecido reconocimiento, ofrecen la indicación de líneas de compromiso, de estudio y de vida de gran significado, que suscitan nuestra admiración y piden ser propuestas a la atención de todos. Renuevo mi felicitación a los ilustres premiados y les deseo lo mejor para la continuación de su compromiso. Invoco de corazón la bendición del Señor sobre ellos, sobre sus familiares y amigos, sobre los miembros y simpatizantes de la Fundación Ratzinger, y sobre todos los presentes. Y os pido, por favor, que recéis por mí. Gracias.

La intención de oración del Papa para el mes de diciembre

Voluntarios y organizaciones preparados para comprometerse por el bien común

«Para que las organizaciones de voluntariado y de promoción humana encuentren personas que estén deseosas de comprometerse con el bien común y buscar nuevas vías de colaboración a nivel internacional».

Esta es la intención para el mes de diciembre contenido en el videomensaje de Francisco, difundido ayer por la tarde, a través de la Red mundial de oración por el Papa. Sobre el término “compromiso” el Pontífice lanzó la alarma. «Es la palabra que hoy muchos quieren borrar», afirmó.

La grabación se abre con las imágenes de personas obligadas a abandonar la propia casa: las golpeadas por desastres naturales, consecuencia directa del cambio climático; las que huyen de las guerras; o las que son víctimas de la crisis económica.

Y la secuencia sigue sobre los que están “comprometidos” directamente en la asistencia dentro de los campos de refugiados. «Ser voluntario solidario es una opción

que nos hace libres; nos hace abiertos a las necesidades del otro; a las demandas de justicia, a la defensa de los pobres, al cuidado de la creación» prosigue el Obispo de Roma, explicando que esto «es ser artesanos de misericordia: con las manos, con los ojos, con el oído atento, con la cercanía».

El voluntariado trabaja con la gente y no solo por la gente, que presta el propio servicio; así como el trabajo de las organizaciones de voluntariado y de entes -actores clave de la sociedad gracias a su compromiso para la promoción humana y el bien común— es mucho más eficaz cuando colaboran entre ellos y también entre los Estados.

De aquí la invitación del Pontífice a trabajar en coordinación, porque «por pocos que sean sus



recursos, dan lo mejor de sí y hacen realidad el milagro de la multiplicación de la esperanza». «¡Necesitamos tanto multiplicar la esperanza!» afirma el Papa.

Sobre esta última intención de oración del 2022, el jesuita Frédéric Fornos, director internacional de la Red mundial de oración, subraya cómo Francisco insiste en el valor del servicio de voluntariado en la sociedad.

La clave está en el compromiso desinteresados (“estar abiertos” al prójimo) y en la búsqueda del bien común, explica Fornos, recordando cómo el pasado mes de mayo el Pontífice dijo que en el voluntariado está «involucrada la dimensión fundamental de la imagen cristiana de Dios y del hombre: el amor de Dios y el amor del prójimo».

Difundido a través de la web www.thepopevideo.org el vídeo, traducido en 23 lenguas, ha sido creado y producido por la Red mundial de oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.

El mensaje del Pontífice

Magisterio de la fragilidad

Recordando a las personas con discapacidad en situaciones de guerra

Publicamos a continuación el texto del mensaje del Papa con ocasión de la Jornada internacional de las personas con discapacidad, que se celebró el 3 de diciembre.

Queridos hermanos y hermanas:

Todos nosotros, como diría el apóstol Pablo, llevamos el tesoro de la vida en vasijas de barro (cf. 2 Co 4,7), y el Día Internacional de las Personas con Discapacidad nos invita a comprender que nuestra fragilidad no ofusca de ningún modo el resplandor del «Evangelio de la gloria de Cristo», más bien revela «que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios» (2 Co 4,4-7). A cada uno, sin méritos ni distinciones, se nos ha dado el evangelio íntegro y, con él, la gozosa misión de anunciarlo. «Todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 121). Por eso, comunicar el evangelio no es una tarea reservada sólo a algunos, sino que es una necesidad imprescindible de cualquier persona que haya experimentado el encuentro y la amistad con Jesús.^[1]

La confianza en el Señor, la experiencia de su ternura, el consuelo de su compañía no son privilegios reservados a unos pocos, ni prerrogativas de quienes han recibido una formación cuidadosa y prolongada. Por el contrario, su misericordia se deja conocer y encontrar de manera muy particular a quienes no se fían de sí mismos y sienten la necesidad de abandonarse en el Señor y de compartir con los hermanos. Se trata de una sabiduría que crece a medida que aumenta la conciencia del propio límite, y que permite valorar aún más la decisión de amor del Omnipotente de abajarse hacia nuestra debilidad. Es una conciencia que nos libera de la tristeza de la queja —incluso cuando hay motivos— y permite al corazón abrirse a la alabanza. La alegría que llena el rostro de los que encuentran a Jesús y le confían la propia existencia no es una ilusión o fruto de la ingenuidad, sino la irrupción de la fuerza de su Resurrección en una vida marcada por la fragilidad.

Se trata de un auténtico magisterio de la fragilidad que, si fuera escuchado, haría nuestras sociedades más humanas y fraternas, induciendo a cada uno de nosotros a comprender que la felicidad es un pan que no se come a solas. ¡Cuánto nos ayudaría la conciencia de necesitarnos los unos a los otros para tener relaciones menos hostiles con quienes están a nuestro lado! Y la constatación de que tampoco los pueblos se salvan solos, ¡cuánto nos impulsaría a buscar soluciones para los conflictos insensatos que estamos viviendo!

Hoy queremos recordar el sufrimiento de todas las mujeres

y de todos los hombres con discapacidad que viven en situaciones de guerra, o de aquellos que están sobrellevando una discapacidad a causa de los enfrentamientos. ¿Cuántas personas —en Ucrania y en los otros escenarios de guerra— permanecen confinadas en los lugares donde se combate y ni siquiera tienen la posibilidad de huir? Es necesario brindarles una atención especial y facilitarles el acceso a las ayudas humanitarias por todos los medios.

El magisterio de la fragilidad es un carisma con el que ustedes —hermanas y hermanos con discapacidad— pueden enriquecer a la Iglesia. Vuestra presencia «puede ayudar a transformar las realidades en las que vivimos, haciéndolas más humanas y acogedoras. Sin vulnerabilidad, sin límites, sin obstáculos que superar, no habría verdadera humanidad». [2] Por eso me alegra que el camino sinodal esté siendo una ocasión propicia para que también se escuche finalmente vuestra voz, y que el eco de esa participación haya llegado al documento preparatorio para la etapa continental del Sínodo. En este se afirma: «Numerosas síntesis señalan la falta de estructuras y formas adecuadas para acompañar a las personas con discapacidad y reclaman nuevos modos para acoger sus aportaciones y promover su participación. A pesar de sus propias enseñanzas, la Iglesia corre el peligro de imitar el modo en que la sociedad deja de lado a estas personas. Las formas de discriminación enu-

meradas —la falta de escucha, la violación del derecho a elegir dónde y con quién vivir, la negación de los sacramentos, la acusación de brujería, los abusos— y otras, describen la cultura del descarte en relación a las personas con discapacidad. No surgen por casualidad, sino que tienen en común la misma raíz: la idea de que la vida de las personas con discapacidad valga menos que la de los demás». [3]

El Sínodo, con su invitación a caminar juntos y a escucharnos mutuamente, nos ayuda sobre todo a comprender cómo en la Iglesia —también en lo que se refiere a la discapacidad— no existe un nosotros y un ellos, sino un único nosotros, con Jesucristo en el centro, donde cada uno lleva sus propios dones y sus propios límites. Dicha conciencia, fundada en el hecho de que todos somos parte de la misma humanidad vulnerable asumida y santificada por Cristo, elimina cualquier distinción arbitraria y abre las puertas a la participación de cada bautizado en la vida de la Iglesia. Pero, más aún, allí donde el Sínodo ha sido verdaderamente inclusivo, ha permitido derribar prejuicios arraigados. Son, en efecto, el encuentro y la fraternidad los que abaten los muros de la incomprensión y vencen la discriminación; por eso espero que cada comunidad cristiana se abra a la presencia de hermanas y hermanos con discapacidad asegurándoles siempre la acogida y la plena inclusión.

Que se trate de una condición que respeta a nosotros, no a

ellos, se descubre cuando la discapacidad, de manera temporal o por el natural proceso de envejecimiento, nos afecta a nosotros mismos o a alguno de nuestros seres queridos. En esta situación comenzamos a mirar la realidad con ojos nuevos, y nos damos cuenta de la necesidad de derribar también esas barreras que antes parecían insignificantes. Sin embargo, todo esto no daña la certeza de que cualquier condición de discapacidad —temporal, adquirida o permanente— no modifica de ninguna manera nuestra naturaleza de hijos del único Padre ni altera nuestra dignidad. El Señor nos ama a todos con el mismo amor tierno, paternal e incondicional.

Queridos hermanos y hermanas, les agradezco las iniciativas con las que animan este Día Internacional de las Personas con Discapacidad, a quienes acompaño con mi oración. Los bendigo a todos ustedes de corazón y les pido, por favor, que recen por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 3 de diciembre de 2022

FRANCISCO

[1] Cf. *Mensaje para el Día Internacional de las Personas con Discapacidad*, 20 de noviembre de 2021.

[2] *La Iglesia es nuestra casa*. Documento de síntesis de la consulta sinodal especial a las personas con discapacidad, Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, n. 2. Cf. Sitio web del Dicasterio LfV

[3] *Documento de trabajo para la etapa continental del Sínodo sobre la sinodalidad*, 36.



El Papa al Seminario rabínico latinoamericano

Sin producir armas durante un año terminaría el hambre en el mundo

«Si no se hicieran armas durante un año, se acabaría el hambre en el mundo»: lo subrayó Francisco, hablando de forma improvisada a una delegación del Seminario rabínico latinoamericano de Buenos Aires, recibidos en audiencia el pasado viernes, 2 de diciembre, en la Sala de los Papas. Publicamos las palabras del Pontífice en respuesta al saludo de rabino Ariel Stofenmacher, rector de la estructura formativa fundada en la capital argentina en 1962.

Yo en broma te dije eso, pero es verdad. Cuando uno dice estas cosas de justicia, que los profetas continuamente repiten: lo del huérfano, la viuda, el forastero, el pobre, ¿no es cierto? Te dicen que sos comunista. Y mirá, a mí me lo dicen: “Este Papa, en vez de hablar de Dios, está hablando de cosas sociales”. Y van juntas: la justicia, la justicia del corazón, en toda la Biblia, es siempre con Dios y con el prójimo. Van juntas. O sea, adorar y servir, adorar y ayudar.

El que solamente ayuda y no adora es un ateo bueno, nada más. El que adora y no ayuda, es un cínico, un mentiroso. Las dos cosas juntas. Y tenemos que luchar por eso, que nuestra fe se haga obras y que nuestras obras nos lleven a la fe. Es un círculo. Me gusta esto que dijiste y tenemos que subrayarlo, ya que el método de malinterpretar las cosas que los agentes de pastoral decimos es el pan nuestro de cada día: nos sacan un pedacito de lo



que dijimos, y no todo lo demás; y lo descontextualizan todo. Y una palabrta pensando en esto de tu bisabuelo, tu abuelo: un crimen no tiene marcha atrás. Podrás perdonar, te podrás resignar, pero la huella queda. Como en una operación, te queda la cicatriz. A mí me molesta esto de la guerra, me hace sufrir. Hermanos contra hermanos, pero no sólo esta. Pensar que en un siglo hubo tres guerras mundiales: 39-45, 14-18, y esta. Pensar que, si no se hicieran armas durante un año, se acabaría el hambre en el mundo, pues creo que es la industria más grande. Pensar que una guerra se hace cuando un imperio se siente débil, entonces mata para sentirse fuerte y para usar las armas que tiene que vender o dar para hacerlas nuevas. Me hace sufrir ver probar esos drones que estaban dando vueltas por Ucrania. Que son armas nuevas que están probando, a costillas de gente que muere. Una cultura de la mansedumbre, del hombre justo. ¿Cuál es el hombre justo? Y ahí Jeremías lo expresa muy bien. Contra una cultura de la crueldad, del hombre lobo para el hombre, trabajemos desde nuestra fe, con estos libros sagrados comunes y dando ejemplo de fraternidad. Les agradezco esta visita, en serio. Además, me trae aires buenos porteoños, que se extrañan por aquí. Se lo agradezco desde el alma. Y adelante.

Las palabras del Papa durante el encuentro en la Sala Clementina

De la exclusión a la pertenencia

Un llamamiento a transformar «la indiferencia en proximidad» y «la exclusión en pertenencia» fue lanzado por el Papa Francisco durante el encuentro con un grupo de personas con discapacidad, recibidas en audiencia el sábado 3 de diciembre, en la Sala Clementina con ocasión de la Jornada internacional dedicada a ellos.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

Me alegra encontraros hoy, con ocasión de la Jornada mundial de las personas con discapacidad. Doy las gracias a monseñor Giuseppe Baturi por sus palabras y también por el compromiso de las Iglesias en Italia de mantener viva la atención hacia las personas con discapacidad, con una acción pastoral activa e inclusiva. Promover el reconocimiento de la dignidad de toda persona es una responsabilidad constante de la Iglesia: es la misión de continuar en el tiempo la cercanía de Jesucristo a cada hombre y cada mujer, en particular a los que son más frágiles y vulnerables. El Señor está cerca.

Acoger a las personas con discapacidad y responder a sus necesidades es un deber de la comunidad civil y de la eclesial, porque la persona humana, «aunque se encuentre debilitada en la mente o en sus capacidades sensoriales e intelectivas, es un sujeto plenamente

humano, con los derechos sagrados e inalienables propios de toda criatura humana» (San Juan Pablo II, *Discurso a los participantes del Simposio "Dignidad y derechos de la persona con discapacidad"*, 8 de enero de 2004).

Esta era la mirada de Jesús sobre las personas que encontraba: una mirada de ternura y de misericordia sobre todo para aquellos que estaban excluidos de la atención de los poderosos e incluso de las autoridades religiosas de su tiempo. Por eso, cada vez que la comunidad cristiana transforma la indiferencia en proximidad -esta es una verdadera conversión: transformar la indiferencia en proximidad y en cercanía- cada vez que la Iglesia hace esto y transforma la exclusión en pertenencia, cumple la propia misión profética. De hecho, no basta defender los derechos de las personas; es necesario trabajar para responder también a sus necesidades existenciales, en las diversas dimensiones, corporal, psíquica, social y espiritual.

Cada hombre y cada mujer, de hecho, en cualquier condición se encuentra, es portador, además de los derechos que deben ser reconocidos y garantizados, también de instancias aún más profundas, como la necesidad de pertenecer, de relacionarse y de cultivar la vida espiritual hasta experimentar la

plenitud y bendecir al Señor por este don irrepitible y maravilloso.

Generar y sostener comunidades inclusivas -esta palabra es importante, inclusivas, siempre- significa, entonces, eliminar toda discriminación y satisfacer concretamente la exigen-

fórmula para usar en los discursos políticamente correctos, una bandera de la que apropiarse. No hay inclusión si falta una conversión en las prácticas de la convivencia y de las relaciones.

Es necesario garantizar a las personas con discapacidad el

uno se sienta parte de un cuerpo, con su irrepitible personalidad. Solo así cada persona, con sus límites y sus dotes, se sentirá animada a hacer la propia parte por el bien de todo el cuerpo eclesial y por el bien de toda la sociedad.

Os deseo a todas las comuni-

ma podremos ser creíbles cuando anunciamos que el Señor ama a todos, que es salvación para todos e invita a todos a la mesa de la vida, nadie excluido. A mí me conmueve mucho cuando el Señor narra la historia de ese hombre que habían hecho la fiesta por la boda del hijo y no vinieron los invitados (cfr Mt 22,1-14). Llama a los siervos y dice: "Id al cruce de las calles y traed a todos". "Todos" dice el Señor: jóvenes, ancianos, enfermos, no enfermos, pequeños, grandes, pecadores y no pecadores... ¡Todos, todos, todos! Este es el Señor: todos, sin exclusión. La Iglesia es la casa de todos, el corazón del cristiano es la casa de todos, sin exclusión. Debemos aprender esto. Nosotros estamos, a veces, un poco tentados de ir por el camino de la exclusión. No: inclusión. El Señor nos ha enseñado: todos. "Pero este es feo, este es así...". Todos, todos. La inclusión.

Queridos hermanos y hermanas, en este tiempo, en el cual escuchamos cotidianamente boletines de guerra, vuestro testimonio es un signo concreto de paz, un signo de esperanza por un mundo más humano y fraterno, para todos. ¡Id adelante en este camino! Os bendigo de corazón y rezo por vosotros. ¡Gracias por lo que hacéis, gracias! Y os pido que recéis por mí. ¡Gracias!



cia de toda persona de sentirse reconocida y de sentirse parte. No hay inclusión, de hecho, si falta la experiencia de la fraternidad y de la comunión recíproca. No hay inclusión si esta permanece un eslogan, una

acceso a los edificios y a los lugares de encuentro, hacer accesibles los lenguajes y superar barreras físicas y prejuicios. Pero esto no basta. Es necesario promover una espiritualidad de comunión, para que cada

dades cristianas ser lugares donde "pertenencia" e "inclusión" no permanezcan palabras para pronunciar en ciertas ocasiones, sino que se conviertan en un objetivo de la acción pastoral ordinaria. De tal for-

IV Centenario de la Fundación de Propaganda Fide y de la canonización de san Francisco Javier, patrón de las Misiones (1622-2022)

CAMILLUS JOHNPIILLAI*

El breve pontificado de Gregorio XV (1621-1623) fue muy importante para el renacimiento católico. El 6 de enero de 1622 el Papa instituyó la nueva Sagrada Congregación de "Propaganda Fide". Sucesivamente la Constitución apostólica *Inscrutabili Divinae*, del 22 de junio, explicó en detalle las competencias como autoridad central que se ocupaba del entero ámbito de las misiones.

La centralización de la actividad evangelizadora en un solo cuerpo tenía muchas ventajas, sobre todo porque aseguraba una mejor coordinación del trabajo. Su inmensa contribución a la expansión de las misiones a lo largo de los siglos no hace más que recordarnos la vigencia permanente del mandato misionero de la Iglesia.

Propaganda Fide fue llamada a desempeñar un rol de importancia primaria en lo que se refiere a la reflexión y a los planes de acción que necesitaba la Iglesia para ser orientada de forma más decidida a la misión en sus varias formas. Al mismo tiempo, debía mantener relaciones estrechas con las diversas fuerzas, como los institutos religiosos, el clero secular o las organizaciones laicas que se dedicaban a las actividades de evangelización. Entre sus tareas, además, estaba la de reclutar el personal y distribuirlo según las necesidades más apre-

miantes de las diversas regiones, y de elaborar planes de acción y principios adecuados al trabajo de propagación de la fe.

Desde su institución hace cuatro siglos, el dicasterio prestó particular atención a las cuestiones referidas a las costumbres locales, recordando a los comprometidos en el apostolado mostrar el debido respeto a las culturas y a las costumbres autóctonas, a menos que no fueran abiertamente contrarios a la religión o la buena crianza.

La historia de las misiones en todo continente es única, dada la diversidad de situaciones, prioridades, problemas y desafíos. En lo que se refiere al vasto continente asiático, el santo jesuita Francisco Javier destaca como una de las más grandes figuras misioneras en la historia de la Iglesia.

Como para san Pablo en tiempo apostólico, también su campo de misión fue muy extendido: desde Goa en India hasta Japón en Extremo Oriente. En el arco de apenas diez años (1542-1552), logró difundir la fe entre una gran variedad de pueblos, bautizando a miles de personas. Cuando la Iglesia, el 3 de diciembre, celebra la memoria litúrgica es oportuno recordar el cuarto centenario de su canonización, que coincide con la institución, el mismo año, de *Propaganda Fide* como oficina central de la Iglesia para la difusión de la fe. Su trabajo apostólico contribuyó, jun-

to a la Fundación del dicasterio misionero, a la misión evangelizadora de la Iglesia en los siglos XVI y XVII.

Entre los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, Francisco Javier (1506-1552) se convierte en el prototipo de los misioneros modernos.

En el siglo XVI, la evangelización del continente asiático asumió un gran impulso por obra suya y de otros jesuitas. Estos adoptaron nuevos métodos para desempeñar el trabajo, especialmente a través del estudio de la lengua y la adaptación a las costumbres locales como instrumentos importantes para difundir la fe.

El continente asiático, con su vasto y populoso territorio y la presencia de grandes religiones y tradiciones espirituales, constituye un gran desafío. Lo que más conmueve es la diversidad de razas y de pueblos, al que se añaden antiguas prácticas, culturas, mentalidades y lenguas. Tal realidad subraya la importancia de la adaptación y de la adecuación para una comunicación eficaz *ad gentes*. "La Iglesia siente un respeto muy profundo hacia estas tradiciones, y trata de entablar un diálogo sincero con sus seguidores" (*Ecclesia in Asia*, n. 6).

La evangelización es una realidad única, pero compleja. Incluye el testimonio personal, el diálogo, el desarrollo humano, la inculturación, pe-

ro sobre todo la proclamación del Evangelio, seguida por la creación de comunidades eclesiales.

La historia misionera católica en India tuvo un nuevo punto de inflexión de Francisco Javier en Goa en 1542. Después de haber pasado algunos meses, prosiguió hacia la Costa del Coromandel en el sur del subcontinente indio, que se convierte en nuevo campo en el que trabajar. Como misionero hacía siempre muchas cosas. Durante toda la vida fue corriendo y estuvo en movimiento con el ardiente deseo de salvar almas. Sus métodos comprendían la enseñanza de los elementos y de las prácticas más sencillas de la fe a los que habían recibido el bautismo y bautizar a los que podía. La enseñanza de Francisco Javier era breve: la oración del Señor, el Ave María, el Credo de los Apóstoles y los diez mandamientos: no tenía tiempo para transmitir otras cosas.

Estuvo siempre convencido de que eran los niños los que ofrecían la mejor recompensa para las fatigas. Ejercía una maravillosa atracción sobre los más pequeños, que se aglomeraban en torno a él allá donde fuera; y a menudo seguían yendo allí a menudo, por lo que no tenía tiempo para comer ni dormir. Después de un tiempo, esos niños se convertían en sus mejores agentes misioneros; llevaban a casa la enseñanza que habían recibido, para que

la fe cristiana pudiera difundirse con sencillez y sin fatiga. Siempre fueron su gran esperanza y corona de alegría. No solo aprendían el cristianismo, sino que también lo enseñaban a otros con gran celo. Demostró una gran habilidad para comunicarse con la gente con la ayuda de los lugareños.

Poco a poco Francisco Javier terminó entendiendo que no tenía sentido predicar el Evangelio si esto significaba arrancar las raíces de un pueblo. Estaba convencido de que para la difusión de la fe eran importantes las lenguas locales y el respeto de las culturas y de las tradiciones de los pueblos. Comprendió que era esencial penetrar en los matices más sutiles del vocabulario y de la lengua y respetar la cultura, la tradición y el alma de una nación para que la fe arraigara localmente. En cuanto al método: componía canciones que narraban la historia de la salvación, organizaba cursos de educación religiosa y cuidaba de enfermos y moribundos.

Se esperaba más misioneros para la difusión de la fe en las tierras de misión. A los ojos de Francisco Javier los misioneros debían ser santos, y si eran santos con formación, mucho mejor. Debían ser hombres que ardían de amor de Dios. Son más eficientes que los hombres cuyo conocimiento es más grande que su celo. El Evangelio cristiano es un Evangelio de

don de sí además que de salvación. Javier vivía la primera parte y predicaba la segunda. Su ejemplo de vida sencilla, santa y de duro trabajo le dio un poder irresistible sobre los corazones de los otros, también de los no cristianos. Con su santo ejemplo inspiró a sus compañeros a sacrificarse heroicamente por la salvación de las almas.

El resultado más importante de Francisco Javier fue consolidar y difundir ulteriormente la fe cristiana en India y en las Islas Molucas y Moro del archipiélago de Indonesia e introducir el cristianismo en Japón, antes de llegar a China. Eligió Malaca como uno de los centros de su viaje misionero a Extremo Oriente. En las Molucas, conocidas en ese momento como las Islas de las Especies, era amado tanto por cristianos como por musulmanes. Trabajó en Oriente durante diez años (1542-1552), muriendo en la isla china de Shangchuan el 3 de diciembre de 1552. Fue beatificado el 25 de octubre de 1619 por Pablo V. Tres años después, el 12 de marzo de 1622 fue canonizado por Gregorio XV junto a Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila, Felipe Neri e Isidro. Y en 1927 Pío XI, conocido también como "Papa de las misiones" lo proclamó patrono de las mismas junto a santa Teresa de Lisieux

*Jefe de oficina del Dicastero para la evangelización

Red de monjas en Italia: “Nos ayudamos mutuamente, pedimos apoyo e incentivos”

SALVATORE CERNUZIO

Mientras esperan que les llegue ayuda de “arriba”, no del cielo, sino del Gobierno italiano que las “excluye” de primas, incentivos, desgravaciones fiscales, o de la Iglesia con la que a veces luchan por encontrar un diálogo “más constructivo y creativo”, las monjas de toda Italia han decidido arremangarse y ponerse manos a la obra ellas mismas. O mejor dicho, llevan años haciéndolo. Pero ahora, con la proximidad del invierno y la crisis energética, con edificios de hasta 10.000 metros cuadrados que corren el riesgo de quedarse a la intemperie y la dificultad de adquirir productos de higiene y alimentación, es necesario “trabajar en red” para hacer resonar con más fuerza la voz de este segmento de la población que, a pesar de la crisis vocacional, sigue siendo muy numeroso.

Desde Sicilia hasta Trentino, unas 80 clarisas y cistercienses, benedictinas y carmelitas, y muchas otras pertenecientes a otras órdenes, se reunieron en Roma a principios de noviembre para “comprender mejor las necesidades a nivel de gestión económica, administrativa y fiscal de las comunidades monásticas” y compartir buenas prácticas sobre cómo moverse en los mercados.

“Somos organismos jurídicamente canónicos reconocidos por la Sede Apostólica y las Prefecturas. A efectos de desgravaciones fiscales o de la posibilidad de acceder a cotizaciones, etc., no somos nada”, afirma la monja franciscana Sor Chiara Lacchetti, promotora del encuentro de Roma, ahora en su segundo año. Con voz casi de locutora de radio, al teléfono durante un descanso, la monja no habla para quejarse ni para suscitar polémica. Simplemente registra una realidad factual: la de órdenes enteras que tienen que valerse por sí mismas y ponerse manos a la obra. “Sí, pero seamos claros. La necesidad de trabajar nace de una necesidad de ‘salud mental’ porque el trabajo ayuda a equilibrar las fuerzas, a canalizar las energías, a desarrollar una creatividad que cada uno cultiva como un don de Dios”.

Trabajar, por supuesto, también es una necesidad: “La de ganar dinero”, explica la franciscana. “Nuestra vida está hecha, sí, de oración, pero también de servicios que pagar, de necesidades médicas y educativas, de casas que mantener. Y nuestras casas no tienen 90 metros cuadrados, sino 2.000 o incluso 10.000. Por eso es muy importante para nosotras tener ingresos”.

Y si ahora pensamos en el tema de la calefacción, con lo cara que está la energía, también es todo un problema. “Nos hemos encontrado como todo el mundo viendo cómo nuestras facturas se triplicaban en los meses de verano, ¡y todavía no hemos encendido la calefacción para nada! Algunos intentan



arreglárselas como pueden o racionalizar. Pero piensa en las hermanas de las montañas o en las comunidades con hermanas ancianas y enfermas...”. La idea es crear un “cártel” en el que todas

las comunidades se unan para negociar con un gestor para mantener bajo el precio de la energía: “Esperemos lo mejor, porque si no nos quedaremos en la intemperie una temporada...”.

Las hermanas hablaron de este tema y de muchos otros durante la conferencia de Roma. “Nos reunimos principalmente para compartir prácticas de recaudación de fondos y comunicación. Intentamos comprender juntos si nuestras comunidades y especialmente nuestras propiedades tienen acceso a los fondos del PNRR” (el Plan Nacional de Recuperación y Resiliencia). Inmuebles con valor histórico, arquitectónico, relevante que “con los tiempos que corren, permanecen casi vacíos y con elevados costes de gestión. Muchas comunidades ya no pueden mantenerlos. La necesidad de comprender cómo funciona la recaudación de fondos se deriva principalmente de esto”.

En la misma línea, las hermanas compartieron sus diversas experiencias en el trabajo. Las monjas trapenses de Vitorchiana Serena, por ejemplo, hablaron del taller de cosméticos y de las granjas con las que producen productos de mercado. Del Monasterio de Potenza llegó en cambio la experiencia de la cooperativa panadera, heredada por una de las hermanas. Y las monjas benedictinas de Sant’Anna, en Bastia Umbra, explicaron que recientemente han empezado a utilizar tierras de

su propiedad o de los alrededores del monasterio para cosechar aceitunas y cultivar malta, trigo y otros cereales. “Han conseguido interceptar a empresas que compran el producto cultivado y lo comercializan”, explica la hermana Chiara. “Trabajamos mucho pero luego, cuando vamos a vender, no tenemos número de IVA, no podemos acceder a las tiendas, siempre tenemos que hacer peticiones de ofertas libres que la mayoría de las veces no se corresponden con el coste de los materiales o el tiempo de uso”.

En el caso de las benedictinas, también se creó una marca, Bottega delle Monache. “No especifican qué monjas. La idea es que otros con capacidad para crear productos similares también puedan entrar en la misma marca. Ya no es cosa mía, es cosa nuestra”. Esta es, para la franciscana, la clave del futuro de la misma vida sagrada: “¡Haced sinergia! Hasta hace unos años seguíamos siendo autorreferenciales entre las distintas órdenes, nos dimos cuenta de que tenemos diferenciaciones carismáticas pero a nivel práctico experimentamos los mismos problemas. Por eso es importante reunirse, también porque alguien antes que nosotras puede haber

encontrado salidas que pueden convertirse en patrimonio de todos. Además de que, al menos en Italia, la presencia numérica disminuye rápidamente, por lo que, al ser cada vez menos, estar juntas es una gran ayuda”.

Por muy fuertes, unidas y capaces que sean, las religiosas necesitan apoyo. Por ello, hacen un llamamiento al Gobierno: “Nos hemos dado cuenta de que nos quedamos fuera de cualquier sistema de incentivos o primas. Pedimos que tal vez se cree una normativa que incluya experiencias como la nuestra, para que no todo sean donaciones”. Las hermanas piden a la Iglesia un diálogo más constructivo: “Muchos viven en el mito: ‘¿Pero no recibís 8xmille?’¹. No, no recibimos ayudas directas. Por supuesto, no falta la ayuda de la Conferencia Episcopal Italiana ni el interés de los obispos individuales, pero digamos que a veces hay una sensibilidad más amplia, otras veces menos”.

¹ 8xmille es una recaudación de fondos de la Iglesia católica italiana a través de la cual los obispos apoyan más de 8.000 proyectos al año, en Italia y en todo el mundo, en favor de los más débiles.

#Sistersproject

El Papa a los donantes del árbol de Navidad y el belén para la Plaza de San Pedro

Las raíces y la contemplación

«El árbol nos enseña las raíces, el belén nos invita a la contemplación»; por eso no debemos «olvidar estas dos actitudes humanas y cristianas si queremos celebrar verdaderamente la Navidad». El Papa se dirigió así a los donantes del belén y del árbol para la Plaza de San Pedro pocas horas antes de la ceremonia de inauguración e iluminación prevista para la tarde del 3 de diciembre. Al recibirlos por la mañana en el Aula Pablo VI, el Pontífice les dirigió el siguiente discurso.

Hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Les doy la bienvenida en el día en que se inauguran el belén y el árbol de Navidad, colocados en la plaza de San Pedro, al igual que el belén instalado en este Aula. Os saludo a todos con afecto, comenzando por el obispo de Trivento y el párroco de Sutrio —en representación del arzobispo de Udine—, agradeciéndoles sus amables palabras. Saludo a las Autoridades civiles, en particular al Ministro de Asuntos Exteriores de Guatemala, al Presidente de la Región Friuli Venezia Giulia, al Consejero de la Región Abruzzo y a los Alcaldes de Sutrio y Rosello. Os agradezco el regalo de estos símbolos navideños, en los que se posará la mirada de muchos peregrinos de todo el mundo.

Quisiera dirigir un pensamiento especial a los artesanos de la madera, que tallaron las estatuas del belén; a los jóvenes del centro «Quadrifoglio» de Rosello, que realizaron parte de las decoraciones del árbol; a los que cultivaron el abeto y los árboles más pequeños destinados a otros ambientes vaticanos en el vivero de Palena. Mi gratitud también a los técnicos y al personal de la Gobernación, que están aquí con el Cardenal Fernando Vérgez y la Hermana Raffaella Petrini.

El árbol y el belén son dos signos que siguen fascinando a grandes y pequeños. El árbol, con sus luces, nos recuerda a Jesús que viene a iluminar nuestras tinieblas, nuestra existencia a menudo encerrada en la sombra del pecado, del miedo, del dolor. Y sugiere otra reflexión: como los árboles, también los hombres necesitan raíces. Porque sólo quien está arraigado en buena tierra permanece firme, crece, «madura», resiste a los vientos que lo sacuden y se convierte en punto de referencia para quienes lo miran. Pero, queridos, sin raíces nada de esto sucede: sin cimientos firmes uno permanece tambaleante. Es importante mantener las raíces, en la vida como en la fe. A este respecto, el apóstol Pablo nos recuerda el fundamento en el que debemos arraigar nues-



tra vida para permanecer firmes: dice que permanezcamos «arraigados en Jesucristo» (Col 2,7). Esto es lo que nos recuerda el árbol de Navidad: estar arraigados en Jesucristo.

Y así llegamos al pesebre, que nos habla del nacimiento del Hijo de Dios que se hizo hombre para estar cerca de cada uno de nosotros. En su auténtica pobreza, el belén nos ayuda a redescubrir la verdadera riqueza de la Navidad y a purificarnos de tantos aspectos que contaminan el paisaje navideño. Sencillo y familiar, el belén recuerda una Navidad distinta de la consumista y comercial: es otra cosa; nos recuerda lo bueno que es para nosotros apreciar los momentos de silencio y oración en nuestros días, a menudo abrumados por el frenesí. El silencio favorece la contemplación del Niño Jesús, nos ayuda a intimar con Dios, con la frágil sencillez de un pequeño recién nacido, con la mansedumbre de su ser recostado, con el tierno cariño de los pañales que lo envuelven.

Raíces y contemplación: el árbol nos enseña sobre las raíces, el belén nos invita a la contemplación. No olvidéis estas dos actitudes humanas y cristianas. Y si de verdad queremos celebrar la Navidad, redescubramos a través del pesebre la sorpresa y el asombro de la pequeñez, la pequeñez de Dios, que se hace pequeño, que no nace en el esplendor de las apariencias, sino en la pobreza de un establo. Y para encontrarse con Él hay que llegar allí, donde Él está; hay que rebajarse, hay que hacerse pequeño, dejar atrás toda vanidad, para llegar donde Él está. Y la oración es la mejor manera de dar las gracias ante este don de amor gratuito, de dar las gracias a Jesús que desea entrar en nuestras casas y en nuestros corazones. Sí, Dios nos ama tanto que comparte nuestra humanidad y nuestras vidas. Nunca nos deja solos, está a nuestro lado en toda circunstancia, en la alegría como en la tristeza. Incluso en los peores momentos, Él está ahí, porque Él es el Emmanuel, el Dios con nosotros, la luz que ilumina la oscuridad y la presencia tierna que nos acompaña en nuestro camino.

Queridos hermanos y hermanas, renuevo nuestra gratitud por los dones navideños del árbol y del pesebre, y os deseo a cada uno de vosotros, a vuestras familias y a vuestras comunidades una santa Navidad, confiándoos a la protección maternal de María, Madre de Dios y nuestra. Y os pido, por favor, que recéis por mí. Gracias.

El Papa prosigue las reflexiones sobre el tema del discernimiento y habla de los signos que confirman la bondad o no de las elecciones

La violencia doméstica nace del ser posesivo que mata el afecto



«Ser posesivo es enemigo del bien y mata el afecto, estad atentos a esto, ser posesivo es enemigo del bien, mata el afecto: los muchos casos de violencia en ámbito doméstico, de los que lamentablemente tenemos noticias frecuentes, nacen casi siempre de la pretensión de poseer el afecto del otro». Lo denunció el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 7 de diciembre, en el Aula Pablo VI. Prosiguiendo las catequesis sobre el tema del discernimiento, el Pontífice se detuvo en los signos que confirman o no la bondad de las decisiones tomadas en tal proceso.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el proceso del discernimiento, es importante permanecer atentos también a la fase que sigue inmediatamente a la decisión tomada, para captar los signos que la confirman o los que la desmienten. Debo tomar una decisión, hago el discernimiento, pro o contra, sentimientos, rezo... después termina este proceso y tomo la decisión y después viene esa parte en la que debemos estar atentos, ver. Porque en la vida hay decisiones que no son buenas y hay signos que la desmienten, mientras que para las buenas hay signos que la confirman.

Hemos visto de hecho cómo el tiempo es un criterio fundamental para reconocer la voz de Dios en medio de otras muchas voces. Solo Él es Señor del tiempo: esto es una marca de garantía de su originalidad, que lo diferencia de las imitaciones que hablan en su nombre sin lograrlo. Uno de los signos distintivos del espíritu bueno es el hecho de que comunica una paz que dura en el tiempo. Si tú haces una profundización, después tomas la decisión y esto te da una paz que dura en el tiempo, esto es una buena señal e indica que el camino ha sido bueno. Una paz que trae armonía, unidad, fervor, celo. Tú sales del proceso de profundización mejor de cómo has entrado. Por ejemplo, si tomo la decisión de dedicar media hora más a la oración, y después me doy cuenta de que vivo mejor los otros momentos del día, estoy más sereno, menos ansioso, desempeño con más cuidado y gusto el trabajo, incluso las relaciones con algunas personas difíciles se vuelven más fáciles... todos estos son signos importantes que sostienen la bondad de la decisión tomada. La vida espiritual es circular: la bondad de una elección es beneficiosa para todos los ámbitos de nuestra vida. Porque es participación en la creatividad de Dios.

Podemos reconocer algunos aspectos importantes que ayudan a leer el tiempo sucesivo a la decisión como posible confirmación de su bondad, porque el tiempo sucesivo confirma la bondad de la deci-

sión. Estos aspectos importantes ya los hemos visto, de alguna manera, a lo largo de estas catequesis, pero ahora encuentran una aplicación ulterior.

Un primer aspecto es si la decisión es considerada como un posible signo de respuesta al amor y a la generosidad que el Señor tiene hacia mí. No nace del miedo, no nace de un chantaje afectivo o de una obligación, sino que nace de la gratitud por el bien recibido, que mueve el corazón a vivir con liberalidad la relación con el Señor.

Otro elemento importante es la conciencia de sentirse en el propio lugar en la vida —esa tranquilidad: “Estoy en mi lugar”— y sentirse parte de un diseño más grande, al que se desea ofrecer la propia contribución. En la plaza de San Pedro hay dos puntos precisos —los focos de la

to el Señor nos ha creado libres, libres también de decirle no. Ofrecerle a Él lo que más queremos está en nuestro interés, nos consiente vivirlo de la mejor manera posible y en la verdad, como un don que nos ha hecho, como un signo de su bondad gratuita, sabiendo que nuestra vida, así como la historia entera, está en sus manos benévolas. Es lo que la Biblia llama el temor de Dios, es decir, el respeto de Dios, no que Dios me asuste, no, sino un respeto, una condición indispensable para acoger el don de la Sabiduría (cfr. Sir 1,1-18). Es el temor que expulsa cualquier otro temor, porque está orientado a Aquel que es Señor de todas las cosas.

Frente a Él nada puede inquietarnos. Es la experiencia asombrada de san Pablo, que decía así: «Sé andar escaso y sobrado. Estoy avezado a todo y en todo: a la saciedad y al hambre: a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Fil 4,12-13). Este es el hombre libre, que bendice al Señor tanto cuando vienen las cosas buenas como cuando vienen las cosas no tan buenas: ¡bendecido sea y vamos adelante!

Reconocer esto es fundamental para una buena decisión, y tranquiliza sobre lo que no podemos controlar o prever: la salud, el futuro, las personas queridas, nuestros proyectos. Lo que cuenta es que nuestra confianza esté puesta en el Señor del universo, que nos ama inmensamente y sabe que podemos construir con Él algo maravilloso, algo eterno.

Las vidas de los santos nos lo muestran de la forma más hermosa. Vayamos siempre adelante tratando de tomar las decisiones así, en oración y sintiendo qué sucede en nuestro corazón e ir adelante lentamente, ¡ánimo!

«La Operación Reinhardt durante la Segunda Guerra Mundial provocó el exterminio de casi dos millones de víctimas, sobre todo de origen judío... Y la historia se repite. Ahora vemos qué sucede en Ucrania». En la vigilia de la solemnidad del 8 de diciembre —saludando a los grupos de fieles al finalizar la catequesis— el Papa encomendó a la Inmaculada «a los que están probados por la brutalidad de la guerra», en particular el martirizado pueblo ucraniano, «que está sufriendo tanto». La audiencia general concluyó con el canto del Pater noster y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Mañana celebramos la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María. Pidamos a nuestra Madre que nos ayude a tomar buenas decisiones y a cumplirlas, para mayor gloria de Dios y bien de nuestro prójimo.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide.

Muchas gracias.

Videomensaje por el Año mariano en la arquidiócesis argentina de Rosario

Llevar esperanza donde reina la violencia

Publicamos el texto del videomensaje —difundido este viernes 9 de diciembre— del Papa Francisco en la arquidiócesis argentina de Rosario con ocasión del Año mariano que se celebra desde el 7 de octubre hasta la misma fecha del 2023.

El próximo 3 de mayo de 2023 se cumplen 250 años de la llegada de la imagen de la Virgen del Rosario. La misma viene de Cádiz (España) y reemplaza a la primitiva imagen que había. Hace 250 años que se venera esta imagen de la Virgen del Rosario en la capilla edificada en los orígenes de la ciudad y que le dio su nombre; también el nombre a la Arquidiócesis. Con razón es llamada con el título de Patrona y Fundadora. Año de memoria agradecida, para fortalecer nuestras raíces cristianas, vivir apasionadamente el presente y mirar con esperanza el futuro.

El Lema: “Con María del Rosario, misionamos por la paz”. Ser instrumentos de paz. Llevar a Cristo, que es nuestra paz, a los corazones, a las familias, y a toda la sociedad. Vivir en paz consigo mismo, en la familia, en el barrio, en la sociedad.

Y el contexto es que, en vez de estar en paz, vemos violencia por todos lados, violencia en la ciudad, inseguridad, y, en su mayoría, una violencia producida por el narcotráfico. En lo que vamos de 2022, llevamos 240 personas muertas por esta línea, con varias personas inocentes, niños, adultos y ancianos. La violencia es así.

Queremos poner bajo el amparo de María a las familias, especialmente a las que padecen la pobreza, la indigencia, la falta de trabajo, a quienes padecen las adicciones en su seno, etc. Teniendo presente que una persona que sufre, siempre lo hace en el seno de una familia.

También queremos poner bajo el cuidado de la Madre de Dios las vocaciones, trabajando por una cultura vocacional: vocaciones al matrimonio, a la vida consagrada, al sacerdocio. Llamados a consagrar la vida en algo, en una familia o en el servicio ministerial.

Este tiene que ser un año para revalorizar el regalo de un Santuario Mariano en la arquidiócesis: la Iglesia Matriz, hoy Catedral y Basílica en honor a Nuestra Señora del Rosario.

Queremos invitar a todas las parroquias, escuelas e instituciones a peregrinar al Santuario en busca de la gracia, donde se experimenta el amor de la Madre, la cercanía de Cristo y la misericordia del Padre, a través del sacramento de la Reconciliación y las indulgencias que la Iglesia nos ofrece.

Hermanos y hermanas, un Año Mariano es este, un año en que la Iglesia sale al encuentro de todos abierto el corazón, al encuentro con corazón misionero, que sale al encuentro con rostro misionero. Que la Virgen los acompañe en este camino.

En visita al belén de la plaza de San Pedro



Al finalizar la audiencia general del miércoles, el Papa Francisco se dirigió en coche a la plaza de San Pedro para visitar el belén realizado por los maestros artesanos de Sutrio, en la región italiana de Friuli-Venezia Giulia